

LA FORASTERA

Galgao es un pequeño pueblo gallego, rodeado de montañas. La vida aquí es muy tranquila. Todos los jóvenes han emigrado a la ciudad. Casi no hay mujeres. No hay niños. Todos los habitantes viven del campo o de la pensión. Es un pueblo que muere lentamente.

Todos los días, por la tarde, después de comer, los hombres se reúnen en el único bar. Es un local pequeño, oscuro, con media docena de mesas de madera, una barra de mármol y un viejo aparato de televisión. Debe haber ahora unas diez o doce personas. Nadie tiene menos de setenta años. Unos juegan a las cartas, otros al dominó. Alguno lee el periódico. Casi todos toman café.

Al entrar se saludan con frases cortas: "Hola, Manolo". "¿Qué hay, Luis?", "Buenas tardes". Luego ya casi nadie habla con nadie. ¡Se han visto tantos años! Ya se lo han dicho todo, ya han discutido de todo. No hay ya escándalos para comentar. No ocurre nada. No hay vida. A veces alguien lee en voz alta algún titular del periódico: "Ningún partido quiere adelantar las elecciones", "Doscientos muertos en un accidente de aviación", pero nadie lo comenta. Quizás alguien dice "Ah". Nada más. Las grandes noticias tampoco son tema de conversación. No se oye más que ruido de las fichas de dominó que chocan contra la madera de las mesas. Y de fondo, la televisión.

Un día de verano, mientras están así juntos, en silencio, se abre la puerta del bar. Entra una mujer rubia de mediana edad. Es alta y elegante. Tiene la nariz muy fina y los ojos grandes, de un color azul claro. El pelo largo y bien cuidado le cae por la espalda. Se sienta en una mesa junto a la entrada. Lleva un vestido de color rojo intenso y un sombrero blanco que le da un aire misterioso.

Los hombres la miran con curiosidad, pero nadie se atreve a decir nada. Ella pide un café con leche. Se lo toma. Paga y después se va. Al día siguiente, ocurre lo mismo, y al otro día igual...

El cuarto día la mujer saca un teléfono móvil del bolso y lo pone discretamente sobre la mesa. Lo mira atentamente, pulsa los botones y se lo pone al oído. El aparato emite unos sonidos que apenas se pueden oír desde las otras mesas. Cuando termina, lo vuelve a dejar en el bolso, se levanta y sale. Parece preocupada.

Durante más de dos semanas, todas las tardes sucede en el bar la misma escena. Y nadie dice nada. Pero a los hombres parece que les gusta verla allí, porque empiezan a ir al café un poco más pronto. Alguno de los hombres se ha puesto la ropa de los domingos. Ellos juegan a las cartas y toman su café. Luego llega la mujer y toma su café con leche. Ahora ella al entrar dice "Buenas tardes" y al salir "Adiós, buenas tardes". Y ellos contestan con una sonrisa amable y cariñosa.

Si alguna vez ella se retrasa, los hombres preguntan nerviosos "¿No la habéis visto? ¿Todavía no ha venido?"

De repente, un día la mujer deja de venir. Los hombres notan su ausencia. Parecen nerviosos. ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué hacía en el pueblo? Hablan, discuten, buscan una explicación...

-Yo creo –dice uno- que era la mujer de Vargas, el que se fue a trabajar a Bruselas hace muchos años.

-No, hombre, no –contesta otro-. Debía de ser una turista que quería comprar una casa. Ahora está de moda comprar casas antiguas de piedra.

-Pero, ¿qué decís? –exclama un tercero. Esa mujer había venido solo a descansar. En la ciudad ya lo tienen todo y se aburren.

-Y, ¿por qué vino aquí, a un pueblo que no tiene nada? Hay otros sitios para ir, ¿no?

-Tenía tipo de modelo, yo creo que la he visto en la tele...

-Ninguno de vosotros tiene razón...

-Pero sí está clarísimo. Yo vi que tenía una máquina de esas de hacer cine. Había venido a ver el pueblo para alguna película...

Pasa el otoño y el invierno. Cuando llega la primavera los viejos en el bar todavía están hablando de aquella mujer, buscando una explicación a su visita. Ya no hay silencio.

Joaquín Masoliver
Historias breves para leer
SGEL